

Un Concierto Memorabile

Como participante permanente en conciertos he sentido siempre que no es mi rol hacer comentarios públicos sobre éstos, ya que podría pensarse, con o sin razón, que puedo tener algún interés personal más allá de cualquier opinión que emita al respecto. En relación con el concierto del sábado 14 de enero en la Catedral de Santiago, debo hacer una excepción, ya que ninguna circunstancia podría justificar mi silencio.

En primer lugar, se rendía un gran homenaje público al notable musicólogo chileno Samuel Claro, quien fue el primero en descubrir los tesoros musicales escondidos en polvorientos archivos de muchas iglesias coloniales, tanto en Chile como en otros países de Latinoamérica. Con su trabajo —continuado por otros destacados musicólogos— tenemos por fin acceso a un pasado musical propio que la mayoría de nosotros creía inexistente o irremediamente extinguido.

Con fondos conseguidos en el Fondart, la joven musicóloga Doris Ipinza nos permitió a un muy numeroso público, que colmó la Catedral esa tarde bienaventurada, escuchar obras del Archivo Musical de la Catedral de Santiago inéditas hasta nuestros días. Música chilena de los siglos XVIII y IX.

Los compositores aludidos en este proyecto fueron José de Campderros, José Antonio González, José María Filomeno, un compositor de apellido Zapata, cuyo nombre se ignora; José Bernardo Alzedo, distinguido músico nacido en el Perú, y, por último, José Zapiola, cuya música religiosa ignorábamos por completo. Cabe señalar que de este último compositor sólo es muy difundido su Himno de Yungay, y del resto de sus obras no teníamos la menor noticia.

Todos los compositores mencionados tenían en común haber trabajado en la Catedral de Santiago y haber compuesto obras para las ceremonias de nuestro principal templo nacional.

La interpretación estuvo a cargo del Grupo de Madrigalistas de la Universidad de Chile, dirigido por Guido Minoletti, grupo que debe enorgullecer no sólo a la Universidad de Chile, que le ha dado origen, sino a toda nuestra comunidad nacional, de un grupo de miembros de la Orquesta Sinfónica Nacional Juvenil del Ministerio de Educación, y de los directores Guido Minoletti, que dirigió las obras para coro y órgano, y Guillermo Rifo, quien dirigió las obras para coro, solistas vocales y orquesta. El desempeño de todos los participantes y directores fue óptimo y estuvo a la altura que requería la presentación.

Nos hemos sentido extremadamente agradecidos por la resurrección de este singular repertorio que incluye algunas obras, que más allá de nuestro interés patriótico por

ellas tienen un muy importante valor musical y deberían ser incluidas en nuestro repertorio habitual. En particular me produjeron una honda emoción algunas de las obras de José Zapiola y el "Gloria Laus" de José Bernardo Alzedo.

El concierto se inició con emocionadas palabras del musicólogo Luis Merino, quien se refirió a Samuel Claro, a los compositores e intérpretes participantes en este concierto y especialmente a su realizadora, Doris Ipinza, a cuyo esfuerzo se ha debido toda esta ingente tarea.

Creemos que en nuestra actividad musical se ha dado un paso extremadamente importante al descubrir en nuestra música un pasado tan relevante. La presentación de estas obras muestra una vez más que no es cierta la afirmación que la composición nacional no está a la altura de otras artes. Simplemente constatamos que si era absolutamente desconocido nuestro pasado musical, sigue siendo desconocido nuestro presente musical.

En lo que respecta a nuestro futuro, debo repetir una vez más la metáfora de Ortega y Gasset, quien señala que para que existan grandes cumbres primero tiene que haber cordilleras. Así como estamos luchando denodadamente por la existencia de muchos jóvenes intérpretes musicales, nuestras escasas instituciones formadoras de compositores deben redoblar sus esfuerzos para tener una cantidad de alumnos de composición mucho mayor que la actual. De allí saldrán las futuras cordilleras que permitirán la existencia de nuevas altas cumbres.

Mientras tanto, todos nuestros organismos musicales deben hacer mucho más para difundir la música chilena y los músicos nacionales.

Gracias a Dios, Doris Ipinza incluyó en su proyecto una grabación en cassette de la totalidad de las obras que se escucharon en el concierto. Aunque esta grabación no tenga la perfección de una grabación de estudio (eso deberá venir después), ella podrá dar testimonio de la belleza de las obras musicales presentadas y la importancia de ellas para nuestra sociedad en estos momentos.

Debemos recoger nuestro pasado, respetarlo, cultivarlo y seguir impulsando la creación musical del presente. Nuestra labor va mucho más allá de ser actores culturales, animadores culturales u otros términos con que muy equivocadamente se nos identifica. Los que cultivamos la música, con la modestia necesaria, debemos ser quienes encarnemos de la mejor manera la vida cultural de un pueblo que lucha afanosamente por conservar, cultivar y difundir la identidad cultural de nuestra nación.

Fernando Rosas

Creemos que en nuestra actividad musical se ha dado un paso extremadamente importante al descubrir en nuestra música un pasado tan relevante.